

que como partícipe, á vista y ciencia del país, de las opiniones políticas de su jefe de gabinete le estaria reservada la misma suerte, varió precipitadamente de direccion, y salió al punto de Roma sin atreverse tan siquiera á despedirse de su familia. Rossi y él, profesores de doctrinas de rebelion; habian solicitado de consuno los aplausos populares: el uno sucumbe asesinado por sus parciales; el otro huye ante ellos aterrizado.

El veterano general Zamboni, comandante en jefe de la primera division militar, mandó á sus tropas una hora despues de la catástrofe de Rossi que se reuniesen en los cuarteles, y todas obedecieron. Un mayor, llamado *Léntulo*, se encargó provisionalmente de las funciones de ministro de la Guerra, y Zamboni permanecia fiel (1).

Una diputacion de la cámara quiso ir el dia siguiente á manifestar su dolor á Pio IX; pero se opuso á ello el príncipe de Canino.

El gran club de la ciudad, el poder supremo del momento, llamó á su lado todos los guardias nacionales que le inspiraban confianza, y pidió tambien tropas de línea con ánimo de trasladarse de una manera imponente al palacio legislativo. El coronel inglés Steward, comandante del fuerte de Santangelo, dirige un billete al general Zamboni consultándole sobre el particular. Asustado Zamboni, corre á prevenir al Papa. "No consentais que la tropa se reuna con el pueblo," le responde con firmeza el jefe de la Iglesia; pero ya el nuevo ministro Léntulo, el sucesor provisional de Reguano, habia autorizado la confraternidad de la tropa de línea y los facciosos.

Pocas horas antes habíanse presentado dos sicarios en casa de Léntulo y le habian dicho:

"Si no permitis que vuestros soldados se unan á la manifestacion de los ciudadanos, sereis asesinado como Rossi."

Asustado Léntulo se dirige á ver al Papa, y al oír la prohibicion que le hizo Su Santidad de dejar salir á los regimientos de los cuarteles, tuvo el atrevimiento de pronunciar estas cobardes palabras:

"Tengo muger é hijos, y no quiero ser asesinado."

Por su parte Zamboni encuentra al salir de palacio algunos regimientos armados que se dirijan á la plaza del Pueblo, y les manda volver atrás; los capitanes Gagiano, Vanicelli y Girendi, obedecen al punto y

(1) Despues de la fuga de Pio IX, Zamboni fué condenado á muerte por un consejo de guerra de la república romana, como jefe de la reaccion. Roma quedó consternada con este fallo, que por fortuna no llegó á ejecutarse. El dia que fué preso Zamboni hubo un motin en la ciudad y en los cuarteles, que fué preciso dispersar á viva fuerza.

se retiran; pero el coronel de dragones, Savini, esclama: "¡Tengo orden del ministro!" con lo cual nadie presta oído á Zamboni.

Este general corre inmediatamente á casa de Léntulo, confiando en que le haria retractar las órdenes dadas, pues ignoraba las palabras dirigidas por aquel ministro al mismo Padre Santo en persona: suplicale, pues, que le acompañe para ver á Pio IX, y le conduce al Quirinal en su carruaje.

Las imposturas y las traiciones debian empero sucederse sin intermision. Habiendo subido Léntulo solo á la cámara pontificia, bajó á la media hora como si acabase de conferenciar con Su Santidad, y declaró en alta voz y con tono firme delante del mayor Deglini, de los capitanes Bonesi y Gagiano, del auditor general Rufini y del inspector militar Gaglioti, que "decididamente consentia el Papa que las tropas, la guardia cívica y todos los ciudadanos se reuniesen al gran club." Al oír esta orden, se inclinan todos de buena fé ante la voluntad suprema, y la deslealtad queda triunfante.

De este modo consigue la gran demostracion anárquica llegar con imponente fuerza á la cámara y ser cordialmente acogida por los diputados, los cuales, uniéndose á ella, se trasladan al Quirinal. Llegados á presencia de Pio IX, los representantes de la nacion someten á Su Santidad las siguientes peticiones del pueblo:

1ª La nacionalidad italiana.

2ª Una asamblea constituyente general para toda la Península con un pacto de alianza.

3ª Guerra al Austria.

4ª El programa de Mamiani.

El jefe de la cristiandad respondió secamente que lo tomaria todo en consideracion; mas al llegar á oídos del pueblo esta respuesta trasmitida por Galetti, se levantó gran vocerío en la plaza.

"¡Queremos una decision pronta, iustantánea! ¡la necesitamos al momento!—¡Al momento!"

Galetti vuelve otra vez á hablar con el Papa, y por mas que le insta energicamente, Pio IX se mantiene firme en su decision, retirándose en seguida. Entonces Galetti se presenta en el balcon, y deseando producir un gran efecto teatral en la multitud, como realmente lo produjo, esclama de improviso previendo las consecuencias de aquel paso:

"¡Ciudadanos! Heis aquí la respuesta del Papa: negativa formal y rotunda."

Estas palabras fueron acogidas con horribles clamores:

—"Pues bien! ¡obraremos por nosotros mismos!"

El tribuno hace un gesto de aprobacion.

“Ya no nos queda mas recurso que este:” añade desenvainando la espada un abanderado que se hallaba junto á Galetti.

Al punto se levanta un grito unánime de “¡viva la república!” al cual se unen otros varios, tales como los de ¡viva la constituyente italiana! ¡viva el gobierno provisional!

No queda ni una sola espada en la vaina, ni un solo puñal en las fatriqueras: todos salen á relucir en medio de la plaza. La gente roja acaba de declararse *republicana*, y en número de cuatro á cinco mil pronuncia con los brazos levantados y la cabeza descubierta el juramento de los Horacios.

En seguida los clubistas se precipitan rabiosos sobre una de las puertas del Quirinal por el lado de las *cuatro fuentes*. Esto sucedia como á las cuatro de la tarde, y en aquel mismo momento mandaba el Papa al ministro Montanari que escribiese á Zamboni estas palabras:

“El Quirinal está sitiado. ¡General! cumplid vuestro deber.”

Pero las puertas del Quirinal estaban cerradas, y cuando llegó á su destino el billete confiado á monseñor Piccolomini, era demasiado tarde (1).

Los centinelas suizos, cruzando sus alabardas, no pensaron mas que en rechazar el tumulto, y llamando á sus camaradas rompieron el fuego contra los amotinados. Esta fué la señal de una explosion terrible.

Los valientes helvecios, persuadidos de que les esperaba igual suerte que á sus hermanos del célebre 10 de Agosto de Paris, resuelven vender caras sus vidas, y mientras los unos pelean á cuerpo descubierto fuera del palacio, los otros se parapetan dentro con barricadas. Frenéticos los rojos, ponen fuego á una de las puertas del Quirinal; mas los suizos logran apagarlo ayudados por algunos bomberos. La muchedumbre armada invade los edificios contiguos á la mansion del Soberano Pontífice, y desde allí asesta sus tiros, no con mucha fortuna, mientras que por su parte sufre una pérdida considerable. Monseñor Palma, prefecto del palacio, que estaba en una de sus ventanas, recibe un balazo, y espira á los piés de Pio IX.

A las siete y media de la tarde, los habitantes de todos los cuarteles de la ciudad se hallaban en el teatro de la insurreccion. El general Zamboni, no pudiendo llegar al palacio, habia enviado á decir á Su Santidad: *La mayoría de las tropas permanece fiel*. Pero Galetti habia interceptado el mensaje y repetia al Papa estas palabras: *Toda la tropa os ha*

(1) De tal manera estaban cerradas las puertas, que ni aun fué posible salir á comprar lo necesario para la mesa de Su Santidad y de los cardenales.

hecho traicion. Pio IX, engañado por todos, debia quedar prisionero interin resistiese á la voluntad de los facciosos.

Mientras tanto, los suizos defendian sus puestos, á pesar de que los guardias nacionales y algunos soldados traidores menudeaban sobre ellos las descargas. Los amotinados, provistos de todo, comenzaron tambien á construir barricadas frente á sus adversarios. Léntulo, asombrado y sin saber qué hacer, presentaba su dimision. Iba por último á darse la orden de soltar á los presidiarios, cuando Zamboni llegó en ocasion de impedirlo encargándoles la custodia de los cardenales.

El príncipe de Canino, sable en mano, hacíase notar entre los mas furiosos de los rojos, creyéndose ya *rey de Roma*, y soñando con el manto de púrpura, bajo su gorro frigio; habíase apoderado de un cañon que halló en una cochera de la plaza de la Pilota, y le hizo colocar frente á la puerta del Quirinal.

Las balas la habian ya destrozado, é iba á comenzar un asalto horrible: el momento era solemne.

“No hay mas que cinco minutos para decidir,” decia el prelado monseñor Pentini, enseñando su reloj al Santo Padre.

El terror se apodera de Pio IX, y la humanidad supera á su valor; hace llamar á Galetti; y deseando que aquella lucha sangrienta termine, le dirige esta súplica: “Tregua al combate;” lo cual equivalia á pedir perdon.

Galetti se deshacia en protestas cuando estaba en presencia del Pontífice; pero á vista del pueblo era la anarquía personificada.

“¡Santísimo Padre!” dice con el fuego de la exaltacion monárquica, “quiero salvaros ó morir.”

Y poco despues, este mismo hombre firmaba la destitucion del Papa, y proclamaba entusiasmado la república.

Galetti encontró al gefe augusto de la Iglesia decidido á sufrir la voluntad del pueblo. Con la calma del justo y la resignacion del mártir, accedió á cuanto se le imponia y nombró el ministerio siguiente:

Rosmini, presidente del consejo (1); Mamiani, negocios estranjeros; Galetti, interior y policia; Sereni, gracia y justicia; Sterbini, comercio y obras públicas; Campello, guerra; Lunati, hacienda.

Con semejante gabinete, no era posible gobierno pontificio: el Papa dejaba de existir.

A las diez de la noche, la masa popular se habia retirado satisfecha, Pio IX, con paternal solicitud, solo pensó en alejar del palacio aquellos

(1) Tenia tambien á su cargo la instruccion pública. Poco dias despues le reemplazó en la presidencia Muzzarelli.

á quienes amenazaba el furor de los anarquistas, especialmente al cardenal Soglia, el cual fué conducido á la embajada francesa.

Instalado el ministerio, se apresuró á interrogar á la cámara sobre el nuevo programa, en lo que pronto se pusieron de acuerdo. Algunos diputados proponían se enviase un mensaje á Pio IX espresándole su reconocimiento y adhesión: *el príncipe de Canino*, que entonces se titulaba *el ciudadano Bonaparte*, se opuso á ello en estos términos (1):

—“No hay que hablar aquí de adhesión ni de reconocimiento; vengan obras y dejémonos de palabrería. Véamos qué va á hacer el ministerio. Queremos tener, no una constituyente bastarda, sino la *constituyente italiana* de Montanelli, con Roma por capital de toda la Península....”

“¡A la cuestión! interrumpe una voz.”

—“Me parece que no me salgo de ella, replicó el ciudadano Bonaparte, al oponerme al mensaje, porque de esta manera sostengo los derechos del pueblo italiano, nuestro soberano único y legítimo, el cual sabrá dar buena cuenta de cámaras, ministros y tronos como pongan obstáculo á los generosos arranques de la primera nación del mundo.”

Este discurso fue el preludio de la proclamación de la *república* que hizo pocos días después.

Los miembros del cuerpo diplomático que rodeaban al Pontífice, habían aparentado obligarle á someterse á las exigencias demagógicas; pero sus consejos íntimos y reservados, no se avenían bien con sus frases oficiales; la fuga del soberano Pontífice habíase declarado por todos unánimemente como premiosa necesidad. Era indudable que sin ella no había salvación para la Santa Sede, porque la presencia de Pio IX en Roma legitimaba de alguna manera los desórdenes y los crímenes.

Quedar el Papa en poder de los rebeldes, era evidentemente rodar de abismo en abismo. Además, importaba á la cristiandad salvar al jefe de la Iglesia de una degradación inminente; las máximas que habían hecho rodar en un cadalso la cabeza de Luis XVI, podían atentar sin escrúpulo contra la del Papa Pio IX.

Entre tanto el Sumo Pontífice no podía resolverse á abandonar á Roma. Arrodillado al pie de los altares y sumido en mortales angustias, imploraba la asistencia del Señor. ¿Qué partido debería tomar? ¿Convenía huir ó permanecer?.....

Repentinamente llega á sus manos un paquete cerrado que le remitía el obispo de Valence. Pio IX lo abre precipitadamente y encuentra una cajita de plata, especie de copon que había llevado al cuello uno de sus

(1) Véase la Gaceta de Roma, del 30 de Noviembre.

predecesores, obligado también á abandonar su capital, como asimismo hostias consagradas que le fortalecerían en el día del peligro y servirían de viático á la hora de la muerte. También contenía una carta concebida poco más ó menos en los siguientes términos:

“Santísimo Padre, ahí teneis la cajita que llevaba consigo el Papa Pio VI cuando le obligaron á huir de Roma; en ella encontraba santas inspiraciones y sublimes consuelos: hállese absolutamente en el mismo estado que tenía cuando la llevaba al pecho el soberano Pontífice desterrado.”

El prelado que se la remitía á Pio IX la había recibido del mismo Pio VI (1).

Fué aquel presente como un rayo de luz, como un aviso del cielo; el sucesor del Papa proscrito estrechó religiosamente contra su corazón la santa reliquia que se le ofrecía como un talisman divino, y desde aquel momento no vaciló en decidirse por la fuga.

En las reuniones secretas de los diplomáticos extranjeros se acordó que Pio IX no debía oponer la menor resistencia á la anarquía triunfante.

Así trascurrieron ocho días.

El Papa, preso en realidad, aparentando obedecer á señores altaneros, preparaba sigilosamente su evasión. El cielo ponía al parecer una venda á sus carceleros, cuya confianza solo podía compararse á su audacia.

Antes de la muerte del conde Rossi ofrecían sus servicios al Papa los comandantes de la guardia nacional, los oficiales superiores de las tropas pontificias, gran número de la guardia noble y otros altos personajes. ¡Ah! después de la catástrofe del Quirinal no le habían quedado más que los fieles suizos; Pio IX no tenía á su lado más que los guardias nobles de servicio, muchos embajadores ó ministros, los prelados Borromeo y Médicis, el cardenal Antonelli y el conde Malherbe.

Los demás habían sacudido el polvo á los uniformes, los habían doblado, y los tenían de reserva colgados en sus gabinetes, de donde no debían salir sino para ostentarse brillantes en las paradas el día en que Pio IX entrase triunfante bajo la cúpula de Miguel Angel.

Los representantes de las potencias extranjeras habían ofrecido al Papa un asilo en diversas capitales: en Madrid, en Munich, en Prusia, en Bruselas, en París. El duque de Harcourt insistía en que el soberano Pontífice pidiese hospitalidad á la república del 24 de Febrero, y aun creía haberlo conseguido. La Francia era, según él, la mejor posada de tránsito para una residencia momentánea. Habíasele confiado el equi-

(1) Este Papa murió en Valence.

paje de Su Santidad, y afirmado mas en su creencia, habia anunciado la feliz nueva al general Cavaignac, que la recibió con grande júbilo. La venida de Pio IX hubiera proporcionado ocasion al alto aspirante á la presidencia de la república de colocar la tiara pontificia en los sitios públicos de Paris como un cartel electoral.

CAPITULO X.

FUGA DEL PAPA PIO IX.—LLEGADA A GAETA.—PROCLAMACION DE LA REPUBLICA EN ROMA.

La fuga del Papa era cosa decidida; pero ¿qué camino debía tomar Su Santidad?..... Despues de maduras reflexiones habíase reconocido que no era prudente seguir la ruta de Civita-Vecchia, por demasiado frecuentada; convínose, pues, en que Pio IX marcharía primeramente á Gaeta por las Lagunas Pontinas en el carruaje de la condesa de Spaur esposa del ministro de Baviera, que al propio tiempo el duque de Harcourt llevaria su equipaje á Civita-Vecchia, bajo la custodia de monseñor Stella, y que allí llegaría el ministro francés á bordo del *Tenaro* para conducir al Padre Santo desde Gaeta á Marsella.

Arreglado todo definitivamente, el 24 de Noviembre de 1848 á las seis de la tarde pidió de cenar Pio IX, que, segun decian, estaba enfermo.

Una hora antes, al pasar por delante de sus guardias nobles, les dijo conmovido:

“Mucho os agradezco, hijos carísimos, el interes que me habeis manifestado, y os prometo que jamas se borrará de mi memoria.”

Estas palabras habian sorprendido y conmovido á los guardias.

Creíasele en su gabinete dando audiencia á diferentes personas, siendo así que en aquel momento se quitaba la sotana blanca, y, vestido de simple clérigo, salía acompañado del Sr. Filippini, su mayordomo de palacio, de monseñor Stella, y de su ayuda de cámara Ricci. El duque de Harcourt se quedó en el gabinete aparentando que hablaba con Su Santidad, y poco despues salió tambien pasando por delante de los oficiales de la guardia, mientras sonaba dentro la campanilla que solia tocar el Papa cuando despedía á alguna persona. En el instante mismo llegó un camarero secreto á prevenir á la guardia noble que podia retirarse, porque Su Santidad se habia ya recojido.

El camarero apagó en seguida las bugías. Pio IX atravesó varios salones casi oscuros, y llegó á la célebre puerta incendiada llamada de las

Cuatro fuentes. Allí le esperaba un coche de alquiler perteneciente á un tal Brianchone; el cochero no sospechó nada. Monseñor Stella se sentó al lado del Pontífice, el Sr. Spaur subió al pescante, y el ayuda de cámara se colocó en la trasera.

—¡Adios, señor abate! dijo Filippini despidiéndose del Papa.

Un centinela que allí habia, no hizo reparo alguno, y el carruaje se alejó (1) dirijiéndose por el camino de las Lagunas Pontinas.

La condesa de Spaur, acompañada de su hijo, habia salido aquel mismo dia por la mañana para su casa de campo situada cerca de Albano, y se le hacian las horas siglos esperando al ilustre fugitivo en el lindo valle de Aricia junto á la iglesia de Galloro.

La noche estaba muy oscura. Una patrulla de carabineros de á caballo pasó por aquel sitio, y llena la condesa de terror, creyó por un momento escuchar la triste nueva del arresto de Pio IX.

Habia entablado un diálogo con el gefe del destacamento militar.... De repente, á través de la oscuridad vé adelantarse hácia ella dos personas; eran Pio IX y su marido.

—“¡Vamos, querido conde! dijo con afectada displicencia, siempre os haceis esperar.”

Y apoyada en el brazo de un carabnero, volvió á subir en el carruaje con el abate y el ministro. Uno de los militares cerró la portezuela, y los fugitivos prosiguieron su camino.

Llegaron por fin á Portella sin obstáculo alguno. Allí se vé una puerta, junto á la cual está la habitacion de un oficial de aduanas, napolitano, ya en territorio de las Dos Sicilias; un paso mas, y desaparece el peligro. En efecto, llegan, pasan sin dificultad y el Pontífice se salva.

La condesa de Spaur dió gracias al cielo derramando abundantes lágrimas.

Pio IX estrechaba contra su pecho la cajita sagrada de Pio VI; alzó sus ojos al cielo con la serenidad del justo y el reconocimiento del cristiano, y murmuró un *Te Deum* en accion de gracias; su mirada habia recobrado la dignidad apostólica del sucesor de San Pedro. Al abate habia sucedido el Papa; al humilde fugitivo el augusto soberano.

Dos horas despues, los tres viajeros pasaban junto al sepulcro de Ciceron. Allí era donde el gran orador, huyendo de sus verdugos y dirijiéndose á Gaeta, fué alcanzado por los soldados de los triunviros. Ciceron caminaba en su litera; miró al centurion que venia á prenderle y le dijo:

(1) Decíase que habia apostados varios espías para vigilar al Papa é impedir su evasion. Uno de ellos parece que le vió pasar y le reconoció.